

Ciudad de México, capital de la homosexualidad mexicana¹

Mauricio List

Pepe Porras, en su prolijo recuento de las referencias a los sitios de encuentro, expresiones culturales y anécdotas de la vida homosexual en México durante varias décadas del siglo XX, muestra una diversidad difícilmente abarcable. Sin embargo, va dejando en el camino referentes que, sin duda, para algunos de nosotros –hombres homosexuales habitantes de la capital del país– fueron fundamentales en su momento. En este texto quisiera mencionar algunos de esos referentes que se quedaron en el tintero de Porras, y que pueden aportar nuevos ángulos para explorar las masculinidades y homosexualidades en la ciudad de México a comienzos de los años ochenta.

Aunque resulte complicado precisar en términos temporales lo acontecido en la capital del país en las últimas décadas del siglo XX, como lo hace Porras, hay ciertos procesos que fueron consecuencia de acontecimientos nacionales e internacionales originados en la década de los setenta y que claramente impactaron en la siguiente. Dos de ellos, particularmente significativos y que en adelante marcarían la dinámica de las relaciones entre varones, los hallamos mencionados en el texto de Porras: uno es el ascenso del neoconservadurismo a nivel global y el otro la pandemia del SIDA. Aunque en este texto no se hará un análisis de estos procesos, se podrá ver su influencia en los asuntos que se tratan y que marcaron la agenda de los movimientos LGBT en el país en las siguientes décadas.

El mismo Porras lo recuerda cuando afirma “A pesar del *newcon* (neoconservadurismo), trabajamos, dimos muestras de nuestra organización, nos informamos y manifestamos nuestro derecho a existir, participamos en actividades solidarias, nos sostuvimos como pareja o como colectivos, aunque alguna pareja falleció o los colectivos disminuyeron”. Como él, muchos jóvenes nos involucramos con entusiasmo en el activismo vinculado al reconocimiento de derechos sexuales y a la prevención del

¹ Este trabajo está vinculado al proyecto “Diversidad de género, masculinidad y cultura en España, Argentina y México” (FEM2015-69863-P MINECO-FEDER).

VERSIÓN PRE-PRINT: la versión final, a la que se remite, fue publicada en *Antes del orgullo. Recuperando la memoria gay*, ed. Jorge Luis Peralta, Barcelona-Madrid: Egales, 2019, pp. 123-140.

VIH en diversas organizaciones que con el tiempo sistematizaron y formalizaron su trabajo (algunas de ellas continúan actualmente). Desde ese momento fue claro que se trataba de una tarea fundamental que debía ser hecha desde la sociedad civil, dada la indiferencia de los gobiernos, empezando por el de Ronald Reagan.

Por supuesto el país, y particularmente su capital, estaban cambiando; las crisis económicas internacionales daban paso al neoliberalismo que las grandes potencias mundiales estaban impulsando. David Harvey (2015) recuerda cómo a finales de los años 70, en distintos países, se estaban haciendo transformaciones muy importantes en términos económicos que definirían sus principales características. De lo que se trató, según el autor, fue de liberalizar el desarrollo empresarial y el libre comercio, y de crear un mercado en las áreas donde este no existiera (como en el caso del medio ambiente). A ese respecto hay que decir que las crisis económicas debidas a las fluctuaciones en los precios del petróleo permiten, según Harvey (2007 5), pensar este momento como uno de “inflexión revolucionaria en la historia social y económica del mundo”; más adelante, señala que “todas las formas de solidaridad social iban a ser disueltas a favor del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal y los valores familiares” (29).

No esta de más señalar que con el tiempo, las agendas de los movimientos LGBT, a nivel global, fueron incorporando nuevas demandas, como el derecho al matrimonio y a la adopción, lo cual, paradójicamente, apunta a lo que señaló Harvey: derechos individuales que se volvieron el centro de la agenda en la lucha de este sector. No obstante, hay que decir que a pesar del avance del individualismo, no se eliminaron las formas de solidaridad social, que más bien encontraron otras maneras de expresarse.

En México, en 1978, se inició la visibilización y movilización de los sectores LGBT en una abierta lucha por el reconocimiento de derechos (Diez, 2011). En su *Memorialia*, Porras recuerda que fue la propia Nancy Cárdenas quien encabezó la primera movilización pública en la capital del país, y que era el rostro visible del movimiento LGBT desde su famosa entrevista con Jacobo Zabłudovsky en televisión, cuando hizo publica su orientación sexual en el programa de mayor audiencia en México.

Para muchos de nosotros resultó difícil tomar la decisión de acudir a dichas manifestaciones, pues suponíamos que habría una cámara de televisión o de fotógrafos inoportunos que revelarían nuestra presencia a nivel nacional. De hecho, para mí, fue 1991

el primer año en el que acudí a la mencionada marcha, que ya para ese momento reunía a varias miles de personas.

Mientras tanto, en 1983, Luis González de Alba, escritor, activista y empresario gay, inauguró *La tienda del vaquero*, un pequeño local ubicado en una plaza comercial de la avenida Insurgentes Sur, en el barrio de Mixcoac. Esta zona, que hasta la primera mitad del siglo XX albergó algunas grandes casonas y que contó con vecinos ilustres como Valentín Gómez Farías, Octavio Paz y Gabriela Mistral, se fue convirtiendo en una zona comercial y habitacional de sectores medios, entre quienes se incluyeron igualmente hombres homosexuales. En la misma plaza en la que estaba ubicada la tienda, se situaba la disco-club *L'Baron*, y poco tiempo después se instaló *La cantina del vaquero*, dos sitios que formaron parte de la escasa oferta de sitios de diversión de la época. Así, durante una buena cantidad de años, esta zona de la ciudad aglutinó a una parte de homosexuales de clase media que buscábamos algún sitio de socialidad y recreación entre nuestros pares.

González de Alba (2006: s.p.) recordaba: “Allí abrimos La Cantina del Vaquero: una barra de segunda mano, un espejo grande en la contrabarra, una sinfonola rentada con música exclusivamente en español y una rueda de carreta rodeada de bancos altos”. Y más adelante, refiriéndose a El Taller, uno de los más emblemáticos sitios de diversión gay en plena Zona Rosa, que sin duda sería el disparador de la amplia oferta que rápidamente creció en uno de los principales sitios turísticos de la ciudad de México, señala una de las características principales de ambos lugares: “no entrarían mujeres. De ningún sexo [...] si las mujeres tenían derecho a estar solas en los espectáculos chippendale... los hombres teníamos los mismos derechos”.

La lógica bajo la cual operaban algunos de esos lugares era la posibilidad de ejercer la homosocialidad sin presencia de mujeres, es decir, poder desarrollar el *performance* masculino bajo una perspectiva que terminaba siendo misógina y en algunos casos hasta homófoba. Es posible, en ese sentido, considerar que se establecieron ciertos modelos normativos de la masculinidad homosexual, que igualmente operaron a manera de definición de una homocultura, pero también como una forma de negar la existencia de ciertas marcas femeninas que pudieran irrumpir en la escena gay. Por supuesto, se pueden plantear diversas interpretaciones, sin embargo, no hay que perder de vista que, por un lado, estaban surgiendo diversas subculturas gais que reivindicaban sus propias expresiones de

género y que, al mismo tiempo, existía la pretensión de algunos de eliminar las representaciones del gay afeminado al considerarlo un modelo que resultaba homofóbico.

Encontré la publicidad de *La cantina del vaquero* en la revista de información gay *Macho Tips* que circuló durante varios años en México. Ahí se anunciaba precisando “N.R.D.A. (nos reservamos el derecho de admisión) Estricto pantalón vaquero o ropa de piel. Sin loción”. Cuando en esa época leía dichos anuncios me imaginaba que el sitio estaba lleno de hombres *viriles, fuertes, hermosos*, y ello, para un jovencito retraído como yo, resultaba intimidante.

Atendiendo a la oferta y publicidad de los establecimientos creados por Luis González de Alba, es innegable que había una pretensión de generar espacios de socialidad para sujetos que respondieran a características “masculinas”. Para González de Alba era importante manejar una estética gay que se distanciara de otras representaciones del homosexual afeminado; a él le interesaban ciertos estilos como el *leather* o el vaquero, que exaltaran la masculinidad. Cuando algunos años después me mudé cerca del lugar y empecé a concurrir a esos sitios, fue una gran sorpresa para mí descubrir que la mayor parte de la clientela no utilizaba el código de vestimenta señalado en la publicidad. Por su ubicación y horario vespertino, acudían muchos empleados de oficinas y establecimientos comerciales cercanos, ataviados convencionalmente con traje y corbata.

Resulta hasta cierto punto paradójico el hecho de que fueron precisamente las leyes de inclusión y no discriminación, impulsadas en buena medida por los colectivos LGBT, las que transformaron algunos de esos sitios de diversión nocturna. En adelante no podrían negar el acceso a ninguna persona en función de su sexo o de su género. Muchos establecimientos insistirían en no permitir el acceso a mujeres, o a hombres, o a personas trans, lo que ha sido un motivo recurrente para el cierre temporal o definitivo de algunos de ellos.

A mis 19 años, recuerdo haber ido tímidamente a buscar *La tienda del vaquero* por dos razones específicas: quería ver hombres homosexuales, pues no los identificaba en mi entorno más inmediato y, además, buscaba referentes que me permitieran reconocer los ámbitos de socialidad entre varones. Acudí una tarde esperando no ser visto al entrar. En esa primera ocasión pasé por el frente en varias ocasiones antes de animarme a ingresar, y cuando lo hice me sentí maravillado observando cada uno de los objetos que se exhibían.

En realidad, el local era muy pequeño y escasa la variedad de productos que se vendían, y sin embargo para mí representaba un mundo nuevo.

Regresé en diversas ocasiones y adquirí algunas revistas como *Macho tips*, y las primeras novelas de temática homosexual a las que tuve acceso, que sin duda resultaron reveladoras por diversos motivos: *El vino de los bravos* (1983) de Luis González de Alba, *El vampiro de la colonia Roma* (1979) de Luis Zapata, *Octavio* (1984) de Jorge Arturo Ojeda, entre otras, que conservé clandestinamente en casa, escondidas entre libros y cuadernos escolares. A pesar de que, como señala Porras, fue ese el momento de mayor proliferación de literatura de temática homosexual, su difusión no fue amplia en el resto de las librerías. En todo caso, era necesario indagar exhaustivamente en ellas para encontrar alguna obra que al final resultaba ser de corte sexológico, algo muy distante de mis intereses literarios de ese momento.

Fue en esos años que leí por primera vez una novela que llamó particularmente mi atención: *Las púberes canéforas* (1983) de José Joaquín Blanco. Quizás una de las razones por las que tuvo tanta resonancia en mí esta novela negra, se debió a que su historia no solo tenía que ver con los personajes homosexuales que protagonizaban la historia, sino que también describía de forma espléndida el autoritarismo y la corrupción que campeaba en el escenario político mexicano. A la vez, la crudeza de la narración en torno a las relaciones entre varones fue muy importante en esos primeros acercamientos en los que mis intereses principales eran, por un lado, establecer vínculos afectivos y sexuales con otros varones, y por otro, incidir de alguna manera en la vida política de México.

A Porras, como a muchos otros sujetos homosexuales, entre los que me incluyo, la búsqueda de espacios de participación política nos había acercado a los partidos de izquierda más o menos con los mismos resultados que él mismo comenta: “la sectarista izquierda mexicana no nos incluía y como no éramos bien vistos en los grupos de izquierda, organizamos grupos de doble moral, de doble tendencia, de doble discurso, pues de día éramos militantes de izquierda *buga* y de noche militantes izquierdistas mariconas, así empezamos a ser travestis”.

Hay que señalar que esa no era toda la izquierda mexicana, pero sí la que resultaba hasta cierto punto “hegemónica”, la marxista-leninista, la que tenía una importante presencia en algunas regiones, como la ciudad de Puebla, donde controlaba la universidad

estatal. Jordi Diez (2011: 698) recuerda a otro sector de la izquierda igualmente importante durante los años 80:

la decisión de ciertos actores del movimiento de formar una primera agrupación de corte completamente político en apoyo a la candidatura a la presidencia de Rosario Ibarra (Comité de Lesbianas y Gays en Apoyo a Rosario Ibarra, CLGARI) por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)² y la postulación de individuos abiertamente homosexuales a diputaciones federales por el mismo partido, por primera vez en la historia de México.

Por supuesto, la experiencia de participar en la izquierda de aquella época fue muy diversa; en mi caso, el distanciamiento con la militancia partidista tuvo que ver fundamentalmente con una búsqueda por comprender y reconocerse en un *otro*, que para ese momento seguía siendo muy poco visible. Como afirma Leo Bersani (1998) quería asumir una identidad gay pero a la vez veía con recelo lo que identificaba como gay. Quería posicionarme orgullosamente, pero lo que se me presentaba no cuadraba con lo que un chico tímido, de izquierda y con pretensiones intelectuales esperaba y, sobre todo, en ese momento aún no identificaba claramente un “nosotros” en quienes reconocerse.

Ahora, más de treinta años después, la lectura de la novela de José Joaquín Blanco me revela nuevos aspectos que seguramente en su momento no descubrí, y que me sirven para pensar en esas maneras de relacionamiento homosexual que se venían dando a finales de los años ochenta en el país. Pepe Porras señala: “recurrir a las novelas para rehacer una vida, una ciudad, un tiempo, es válido si se buscan las formas de representación y autorepresentación de aquel tiempo, mas no para buscar la veracidad, en eso estriban otros tipos textuales”. Me gustaría darle un matiz a estas palabras. Sin duda las representaciones o autorepresentaciones de los homosexuales de la época forman parte de esa “veracidad”. Aún en los textos académicos, sociológicos o antropológicos generados en la década de los noventa y principios del 2000, ausentes en la bibliografía de Porras por razones obvias, muchas de las referencias a las que se alude son retomadas precisamente para comprender

² El PRT se reconocía como un partido de línea troskista.

la manera en que dichos sujetos se percibían a sí mismos y actuaban en contextos públicos y privados.

En este sentido, deseo valerme de las palabras de José Joaquín Blanco para mostrar cómo a finales de los años setenta se estaba constituyendo un sujeto homosexual, en el tránsito entre el autoritarismo policiaco del estado mexicano y el activismo LGBT hacia el reconocimiento de derechos.

Los años setenta, el tránsito al estado neoliberal

Durante la década de los setenta, corrupción y autoritarismo funcionaban al unísono en todo el país, sin embargo, las crisis económicas que se habían presentado a nivel global, hacían cada vez más difícil mantener a raya las críticas y las protestas sociales, y la capital del país era el epicentro de las movilizaciones políticas de campesinos, obreros, estudiantes, movimientos inquilinarios, entre otros. Por lo mismo, la corporación policiaca de la capital, bajo la supervisión directa del presidente de la república, se había distinguido por el uso desmedido de la fuerza, la utilización discrecional y selectiva del aparato legal y la extorsión como un redituable negocio. De hecho, durante mi época de militancia política, sabíamos que algunas acciones que se llevaban a cabo podían dar pie a que nos detuviera la policía, pero eso era parte de sentir que era relevante lo que hacíamos. De alguna manera, eran los aparatos de gobierno con sus políticas represivas lo que daba mayor relevancia a nuestras acciones.

José Joaquín Blanco utiliza a un personaje ficticio de la política nacional –el Senador Domínguez– para evidenciar, por un lado, los grandes actos de corrupción, y por otro, dibujar las formas más grotescas de la masculinidad heterosexual. Sin embargo, la realidad nacional nos dio constantes ejemplos de ello en su momento. Del gabinete de José López Portillo, presidente de México entre 1976 y 1982, surgieron nuevos millonarios que después se volvieron empresarios, políticos que durante décadas brincaron de un puesto a otro, delincuentes de diversa especie, y hasta asesinos que décadas después fueron juzgados. Como recuerda Blanco (1984: 79), muchos de ellos pronunciaban discursos “acusando a los huelguistas de no entender los altos designios de la patria, de ultrajar la bandera, de cometer todo tipo de ofensas a la moral en las fábricas, talleres y maquiladoras ocupados, de entornar himnos internacionales y de enarbolar banderas infames”.

La retórica que durante décadas había usado el partido en el poder³ ya no lograba los mismos efectos sobre la población. Hacía falta encontrar otras estrategias. El autoritarismo que había cobrado muchas vidas en las matanzas de 1968 y 1971, amén de la llamada *guerra sucia* que había dejado cientos de muertos y desaparecidos, había probado ineficacia frente a una sociedad que insistía en protestar contra las arbitrariedades gubernamentales. En cierto modo, las jerarquías establecidas en ese estado de descomposición política y social, generadas por el autoritarismo de las instituciones del Estado, se estaban modificando. Blanco lo expresa claramente cuando hace decir a uno de los personajes principales de su novela, la Gorda: “Mira, a mí no me daba miedo de chamaco que me la supieran que era gay, tenía algo más penoso que esconder: que mi papá era diputado federal del PRI” (Blanco, 1984: 56).

Para muchos jóvenes de esa época, participar en las protestas públicas resultaba por un lado riesgoso, pero por otro habíamos acumulado el suficiente hartazgo como para sentirnos entusiasmados de participar en cuanto marcha o mitin se convocaba. Es cierto que muchas veces tuvimos que huir ante la inminencia de la llegada de la policía, sin embargo, volvíamos nuevamente a la siguiente convocatoria.

Porras recuerda de manera muy clara cómo se vivía esa época: “Esta educación sentimental se veía ensombrecida por la asechanza policíaca, cuyas razias y levantones nos llevaban a la delegación o a la madriza en un callejón o a la desaparición en alguna fosa, sobre todo de 1976 a 1982, cuando se ejerció la mayor persecución desatada por la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (Sexenio de la DIPD)”. El sistema político no lograba desembarazarse de viejas prácticas que durante décadas le habían resultado funcionales: control de gremios y sindicatos a través de sus líderes, que terminaban siendo fieles al jefe del ejecutivo federal; control de la policía y las fuerzas armadas; acuerdos con los sectores privados para el manejo de la economía, etc. Es por ello que se mantenían ciertas prácticas que podían resultar anacrónicas, pero que ilustran claramente la vigencia del autoritarismo y el paternalismo que con el tiempo fueron dando paso a otras prácticas clientelares que Blanco ilustra en su novela a través del personaje del

³ Me refiero al Partido Revolucionario Institucional (PRI), que se mantuvo en el poder desde 1929 a 2000 y que después de dos periodos consecutivos volvió a gobernar el país a partir de 2012 y hasta 2018.

Senador Domínguez, quien en un gesto de *generosidad* era capaz de compartir la mesa con sus subordinados, quienes recibían el gesto con gratitud:

Y hasta sentía cierta simpatía sensual, parecida a la que un pandillero puede tener por su perro bravo, por esos muchachos jóvenes, en su apoteosis corporal, traducida en una inquietud carnal bullante, precisamente de perro bravo tratando de reventar la cadena, ávida de estallar en violencia. Y como perros, eran leales: sabían agradecer el menor gesto de cordialidad del amo, las migajas del banquete; después de morder a otros venían a lamer los dedos del amo. (Blanco, 1984: 91)

No es ninguna novedad decir que ese sistema está representado por la masculinidad hegemónica que exhibían los diversos personajes en los múltiples contextos en los que se movían. Para esos años, menos del 9% de los legisladores eran mujeres; la ausencia de un discurso de Derechos Humanos permitía que con cualquier pretexto se reprimieran diversos tipos de protestas; la clase política y los líderes sindicales expresaban sin ninguna vergüenza sus opiniones, denostando a indígenas, campesinos, mujeres, obreros. Izquierda o derecha, los valores de la masculinidad se reproducían independientemente de la posición política de los sujetos, y para ese momento los discursos de reivindicación de las mujeres no habían alcanzado una legitimidad generalizada, mucho menos los de quienes se salían de la norma heterosexual.

En 1982, Marta Acevedo analizaba la participación de las mujeres en el contexto de la organización partidista de la izquierda mexicana, y recuperaba la expresión de uno de sus militantes: “Éste sí va a ser un partido de hombres con los pantalones bien puestos” (Acevedo, 1982: 87). Como ella señalaba en ese momento, las mujeres no estaban presentes en la organización del nuevo partido de izquierda que en ese momento se estaba fundando: “La práctica política se ve con ojos de hombre, no es haciendo accesibles los atributos que definen a los hombres en una sociedad de clases –exigua responsabilidad en la procreación, responsabilidad solo con el llamado trabajo productivo– como será alcanzada la igualdad, la democracia” (Acevedo, 1982: 88).

Quienes asistíamos a la reorganización de lo que en esos momentos se identificaba como la izquierda mexicana, veíamos con escepticismo la posibilidad de que la agenda

política considerara con seriedad las necesidades de las mujeres y sujetos LGBTTTI. No está de más decir que treinta y seis años después se sigue sin considerar esas necesidades en el llamado Proyecto Alternativo de Nación⁴ del candidato de izquierda a la presidencia de México.

La masculinidad y la sexualidad en la ciudad de México en la década de los ochenta

Hay que decir que, mientras tanto, iban surgiendo nuevas expresiones político-culturales importantes; una de ellas, desde mi punto de vista, fue el establecimiento, por parte del Circulo Cultural Gay, de la *Semana Cultural Gay*, como se le llamó en su primera emisión en 1987, cuando la organizó José María Covarrubias en el Museo Universitario del Chopo de la UNAM, sede que ocuparía hasta 2003, cuando falleció el activista. Carlos Monsiváis (1997: 12) la definió como sigue:

Todo cabe: desde *La Cage Aux Folles* y *Birdeage* a las fotografías de Robert Mapplethorpe y Peter Hujar, de los films de Derek Jarman y Cyril Collard a las piezas de Copi y Larry Kramer, de los relatos autobiográficos de los cubanos Reynaldo Arenas y Severo Sarduy a los textos del mexicano Joaquín Hurtado; de las instalaciones de los Cien Artistas contra el Sida, al activismo de Act-Up, de los ensayos de Edmund White a los relatos de Guy Hoquenghem, de la obra de Keith Haring a los miles de fotos, películas, videos, ballets, testimonios, relatos, esculturas, obras de teatro, instalaciones, donde la experiencia gay emerge, alegato reiterativo y multiplicidad de propuestas estéticas.

Sin temor a equivocarme, puedo decir que dicho espacio cultural fue fundamental en la vida de muchísimos jóvenes LGBTTTI mexicanos que como yo, estábamos ávidos de explorar y comprender nuestra sexualidad. Fue el foro más importante que durante muchos años dio voz a escritores, artistas plásticos y escénicos, activistas, políticos, académicos, que expusieron y debatieron la situación política, social y cultural de las sexualidades y donde igualmente se expresaron las ideas en torno a la pandemia del VIH.

⁴ Se puede consultar en el siguiente enlace: <http://lopezobrador.org.mx/2016/11/20/lineamientos-basicos-del-proyecto-alternativo-de-nacion-2018-2024-anuncia-amlo/>

Aún recuerdo mi primera vez en dicho foro cultural. Recorrer la exposición artística me hizo sorprenderme frente a las pinturas, esculturas, fotografías, la mayoría de las cuales eran absolutamente explícitas, sin que por ello perdieran su sentido estético. Mas tarde acudí a un taller impartido por Xabier Lizarraga, el cual sin duda representa un *punto de inflexión* en mi vida, lo que me permitió, ahora sí, encontrar el colectivo en el cual reconocirme y que en lo sucesivo me llevaría a encaminar mis intereses personales y profesionales hacia las sexualidades LGBTTTI.

Durante los años ochenta, el cine nacional se caracterizó por el *boom* de las llamadas películas de “ficheras”, donde triunfó la actriz Sasha Montenegro, que después se convertiría en la esposa del ex-presidente López Portillo. En esas películas se expresó lo más ramplón de la cultura mexicana; allí se festejaba el *ingenio* en el lenguaje para ofender y satirizar, lo mismo a las mujeres que a cualquier varón que no cumpliera con los modelos de la masculinidad heterosexual. Fue a través de esas películas que se difundieron personajes homosexuales que solo podían ser ridículos o patéticos y en las que igualmente se difundieron muchos de los mitos en torno al sida, que estigmatizaron a los sujetos homosexuales como responsables de la propagación de la enfermedad. En ese contexto, los colectivos LGBT asumieron un papel relevante en función de las circunstancias que se estaban viviendo a raíz de la pandemia. Recuerda Porras:

La búsqueda de él, se tornó lenta y tristemente hacia los esquemas conservadores: desconfianza, inseguridad, miedo, chantaje, extorsión, amenaza, delación y acoso hasta dejar el empleo, la familia y el departamento. Reiniciamos una doble lucha, enfrentamos nuevos retos, adquirimos otra fuerza como comunidad y desenmascaramos a una estructura social que nos responsabilizaba de una enfermedad que es humana, no de gueto, como enunciaban ciertas autoridades.

Por supuesto, una vez que empezó a circular la noticia de la nueva enfermedad mortal asociada con los homosexuales, los niveles de estigma y discriminación aumentaron, y para muchos de nosotros *salir del closet* se volvió una tarea aún más ardua. El temor y el rechazo ante la presencia de la pandemia hizo que todo homosexual fuera considerado potencial, cuando no real, enfermo de sida. Los medios de comunicación de ese momento

tuvieron un papel muy activo en ello. Así, por ejemplo, un periodista prestigiado ironizó, afirmando que algunos actores de la otra empresa televisiva deberían estar asustados pues seguramente enfermarían, una manera de decir que creía que eran homosexuales.

Dentro de los imaginarios de la época no se planteaba el matrimonio y menos aún la crianza de hijos como proyecto de vida para las parejas del mismo sexo. En ese momento, la mirada estaba puesta en lograr que se acabara con las detenciones arbitrarias, con las extorsiones policiacas, con la necesidad de utilizar espacios clandestinos para el encuentro erótico y afectivo. Mas adelante, y con la presencia de la pandemia, la expectativa estaría puesta en que se pudiera encontrar un tratamiento eficaz, una vacuna contra el SIDA.

De alguna manera, las diferencias de clase marcaban la situación de los homosexuales en México. Para algunos, principalmente de clase medias y altas, lo mejor era adaptarse a las circunstancias y aprovechar una escasa oferta de sitios de socialidad, algunos de los cuales tenían restricciones en función de la apariencia de su clientela. Allí se reproducían abiertamente diversas formas de exclusión por motivos de género, etnia, clase o edad, con la complacencia de gran parte de la concurrencia. Para parte de esa clase media y los sectores populares la prioridad era la sobrevivencia, evitar las detenciones arbitrarias, eludir las extorsiones y encontrar espacios de socialidad en los cuales poder convivir con los pares sin miedo a las autoridades o a los ataques y crímenes de odio.

Y qué vino después

Quisiera cerrar este texto resaltando el hecho de que los años setenta y ochenta representan, en muchos aspectos, un periodo de transición para el caso mexicano. En términos políticos, se hizo evidente que las prácticas que durante décadas le habían sido funcionales al partido en el poder ya no eran aceptables para la población, lo que condujo en adelante a probar diversas reformas que, entre otras cosas, abrían el espacio a la participación política de la oposición. Por supuesto, el hartazgo era mayúsculo, por lo que se probaron otras estrategias, como recuerda Porrás: “Empero, ‘se cayó el sistema’, Carlos Salinas de Gortari fue el presidente de 1988 a 1994 y, contra el viento y la marea de la época, nuestra presencia se hizo visible, porque nuestro trabajo político se articulaba, porque ya nos incluíamos en la vanguardia del mundo, a pesar de la oposición política, la iglesia y la falta de una protección legislativa”.

En términos económicos nos volvimos más *modernos* cuando nos aplicaron el Tratado de Libre Comercio con América del Norte, cuyo mayor logro ha sido generar una mayor desigualdad económica, al punto que esa época marca el origen simultáneo de la mayor fortuna a nivel mundial (la de Carlos Slim) y de cerca de sesenta millones de pobres en México. Esto también tuvo el efecto de ir desmantelando paulatinamente el estado de bienestar. Ya desde mediados de los años ochenta vimos que solo la acción coordinada de los homosexuales impulsaría las acciones de prevención frente al VIH ante la indiferencia oficial. Ello impulsó la formación de colectivos para enfrentar la pandemia, circunstancia que, sin embargo, tuvo el efecto de desatender las anteriores luchas centradas en el reconocimiento de derechos.

Algunos pasamos de una militancia cercana a los partidos políticos a la participación en colectivos de lucha contra el SIDA (detonante de otras formas de socialidad) que inicialmente enarboló la consigna de “practicar el sexo seguro” o el “sexo más seguro”, *erotizando* prácticas que no implicaran el intercambio de fluidos. Insistíamos: tenemos que modificar nuestras prácticas para enfrentar menos riesgos. Como afirma Porras, “esto trajo como consecuencia el activismo político-sexual en lugares donde no se pensaba en una defensa o protección de los derechos humanos. Guadalajara, Puerto Vallarta, Mazatlán, Culiacán, Puebla, Oaxaca, Mérida, Cuernavaca, Veracruz, Tampico o Guanajuato serán lugares donde siembren las ideas y las actividades de diversidad sexual, a pesar de confrontarse con las buenas conciencias y las mentes bien pensantes, cayendo, algunas veces, desgraciadamente, en la muerte y la desaparición, por invertidos, pervertidos que llegaban del DF a contaminar con sus ideas y contagiar con su enfermedad”.

En materia de derechos podríamos decir que hemos avanzado más, pero sin duda ello fue posible una vez que se estabilizaron relativamente las políticas públicas enfocadas en la atención de la pandemia. Las luchas por el reconocimiento de derechos sexuales y reproductivos se han visto impactadas, por supuesto, por su reconocimiento en el plano internacional.

Para cerrar me gustaría señalar que el texto de Porras nos conduce a muchos hombres homosexuales mexicanos a apreciar la importancia de un periodo que solemos considerar de escasas referencias a la homosexualidad, debido a su escasa visibilidad. Sin embargo, con el recuento que hace el autor en su *Memorialia*, es necesario reconsiderar

dicho periodo en el que se sentaron las bases para el desarrollo de la lucha por el reconocimiento de derechos en México. Por supuesto se trata de un periodo con claroscuros que lo mismo produjo obras de gran calidad y relevancia artística y cultural que muchas otras anodinas. No obstante, todo ello constituye nuestra memoria como colectivo y nos ayuda a comprender, de mejor manera, hasta dónde hemos podido avanzar y la necesidad de seguir trabajando desde múltiples frentes en esa lucha.

Referencias bibliográficas

- ACEVEDO, Marta (1982): “El partido socialista unificado mexicano y las mujeres”, en: *Fem. Publicación feminista*, VI, 21, pp. 82-88. Disponible en <<https://bit.ly/2xrK8Su>>
- BERSANI, Leo (1998 [1995]): *Homos* (trad.), Manantial, Buenos Aires.
- BLANCO, José Joaquín (1984 [1995]): *Las púberes canéforas*, Océano, México.
- DIEZ, Jordi (2011): “La trayectoria política del movimiento lésbico-gay en México”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XXIX, núm. 86, mayo-agosto, 2011, pp. 687-712.
- GONZÁLEZ DE ALBA, Luis (2006): “Veinte años de El Taller”, en: *LuisGonzalezdeAlba.blog*, s.p.: <<https://bit.ly/2QCrZ8v>>
- HARVEY, David (2015 [2005]): *Breve historia del neoliberalismo* (trad.), Akal, Buenos Aires.
- MONSIVÁIS, Carlos (1997), “Diez y va un siglo”, en: AA.VV., *Diez y va un siglo. Libro conmemorativo de los diez años de la Semana Cultural Lésbica-Gay*. Círculo Cultural Gay - UNAM - FONCA, México, pp. 11-13.